

tanta energía imprimió en la conciencia universal del mundo moderno, la idea de su derecho.

Pío VII subió al trono pontificio y con Pío VII vino la restauración. Comenzóse con prudencia esta, por la confirmación de los jesuitas en Rusia establecidos. Siguió por la reinstalación de la Orden á ruegos del rey Fernando en las Dos Sicilias. Y concluyó al mismo tiempo que comenzaba la reacción universal en España y en todas partes, el año catorce, verdadero precursor de la Santa Alianza, por Encíclica inolvidable, donde decía el Papa restaurador, que tras tantas amarguras, tras tantos dolores, creyérase culpado ante Dios y ante la humanidad, si al ver la barca de San Pedro combatida por tempestades tan horribles, dejase á la orilla y muy lejos á remeros como los jesuitas, indispensables todos ellos para cobrar el puerto. Y la restauración se consumó. Y no solo se consumó la restauración material, sino que prevaleció en pleno siglo nuestro el espíritu jesuítico y ultramontano, cual jamás había prevalecido en período alguno de la historia. El Pontífice, mejor dicho, el Pontificado apareció en los cielos tempestuosos de la Europa reaccionaria, como la estrella que conducía en guisa de sangriento cometa los Reyes magos del Oriente, no á ofrecer holocaustos y presentes á la cuna de la redentora libertad sita en París, la ciudad revolucionaria por excelencia, sino á destruirla y destrozarla. El representante de aquel que abatió á los poderosos y exaltó á los humildes, púsose airado en todas partes contra la democracia, esencialmente revolucionaria, es verdad, pero también esencialmente cristiana. Gregorio XVI protestó contra la Constitución de Bélgica, monumento sublime del derecho moderno levantado para consagrar la emancipación de un pueblo católico del yugo de un pueblo protestante. Y no solo anatematizó la Constitución de Bélgica, sino que se opuso al régimen constitucional en toda la península ibérica, y fomentó la guerra civil con implacable crueldad en los dos pueblos predilectos de la Iglesia católica. Nada más que un relámpago de lisonjera y engañosa esperanza fué la veleidad célebre de Pío IX á favor del espíritu moderno. Bien pronto los últimos ejércitos de la Santa Alianza surgieron como nubes tormentosas del ocaso en la campaña romana, y restauraron para breve tiempo el poder material de los Papas. Y entonces, entonces, el bárbaro ultramontanismo, creyendo cosa fácil res-

taurar la teocracia en el Universo, dióse á todos sus ensueños de reacción. Bendijo al protervo asesino de la República en la noche del 2 de Diciembre, y fué cómplice del entierro de Venecia, de Milan, de Hungría, de Polonia, ciudades y naciones católicas. Y luego, declaró el dogma de la Purísima Concepción, absorbiendo en el Pontificado la Iglesia universal, y si reunió el Concilio Vaticano, reuniólo como los Césares antiguos reunían al Senado, para que lo declarase por medio de apoteosis pagana, un verdadero Dios. Así, el Pontificado reaccionario y ultramontano, llegó en este nuestro siglo al furor demente del antiguo cesarismo idólatra, en sus terribles y nefastas postrimerías. Pero creedlo, esta restauración tendrá la suerte misma que todas las restauraciones sociales.

El carácter dado por la escuela jesuítica triunfante al Catolicismo contemporáneo es un carácter tal de intolerancia estrecha que se asfixia en su seno el alma humana como se asfixian nuestros pulmones bajo la campana de una máquina neumática. El jesuitismo lo rechaza todo en guisa de la religión mahometana que se ha quedado para el temperamento de ciertas razas y para la geografía de ciertas regiones por su exclusivismo intolerante. Excomulga todo el espíritu moderno con todas sus instituciones y toda la filosofía moderna con sus varios y múltiples sistemas. La conciencia prestada por el jesuitismo á la Iglesia es como un mar muerto en cuyo seno ponzoñoso no desagua manantial ninguno de ideas vivas. A la verdad no sucedió esto en los primeros tiempos de la Iglesia, cuando la sociedad y la conciencia cristiana recibían á una todo el semitismo de los profetas hebreos y todo el helenismo de los filósofos griegos. La Biblia, libro compuesto por la raza que produjera los verdugos de Jesús, ha pasado toda sin excepción al nuevo dogma. La Trinidad proveniente de la India, concebida con mayor latitud más tarde por Platon y comentada por los judíos alejandrinos, ha entrado como la Biblia misma en los senos del Evangelio. El mesianismo, aquella concepción judía, después de haber pasado por mil pueblos diversos como lo prueban tantos héroes cual han tenido el nombre legendario de Salvadores, entró en la nueva fe íntegramente. Véanse á las orillas del Ganges todos los ritos que luego se han celebrado bajo las bóvedas de nuestras iglesias, como el bautismo y la penitencia, sacramentos entre los arios y sacramentos entre los

católicos tambien. La misa tiene gran parte de su liturgia servilmente copiada de las ceremonias persas. El agua lustral borra entre los brahmanes el pecado así como lo borra el agua bautismal entre los católicos. En el capítulo undécimo de las leyes de Manou, se hallan los precedentes de la confesion; y en los himnos vedas, las encarnaciones que luego han servido para explicar los contactos del Verbo divino con la frágil naturaleza humana. Y todo esto ha entrado en los senos de la nueva fe, cuando educaba con sus doctrinas á la humanidad, esclarecía con sus luces á la ciencia, y prestaba su inspiracion á las artes.

La verdad es que la Iglesia primitiva tenia un carácter democrático del cual ha renegado principalmente por culpa de los jesuitas, quienes han puesto empeño extraordinario en volver á sumergirla dentro de las tinieblas de un peligroso absolutismo. Las mismas Iglesias griegas no fueron sino la extension de las antiguas y republicanas ciudades helénicas. Los Sínodos, los Concilios, respondian á las antiguas asambleas republicanas de Foro y Agora. Así, en el mundo latino, las provincias fueron diócesis, los prefectos arzobispos, los subprefectos obispos, y el César Pontífice. Pero todo esto revestia un gran carácter democrático tanto en las asociaciones helénicas cual en las asociaciones latinas. Cuando los bárbaros vinieron, el Pontificado tomó toda la grande autoridad que le daban los servicios prestados á la cultura universal. Pero no llegaron á ese absolutismo invasor, gigantesca petrificacion, hasta que se apoderó la escuela jesuítica de su conciencia. El caso es que la Iglesia latina con la Iglesia griega hubieran llegado á una reconciliacion estrecha en el siglo décimonono como quisieron llegar en el siglo décimoquinto, si el jesuitismo no se opone con sus declaraciones de la Infalibilidad, las cuales no solo detuvieron á los pueblos de Grecia y Asia en las puertas de las Basílicas católicas, sino que lanzaron considerable parte de los católicos sinceros y antiguos, del seno de la Iglesia, que consagrara el principio republicano por excelencia, el principio de eleccion, y declarara todos los fieles parte del cuerpo de Cristo, con lo cual fundaba una verdadera democracia espiritua- lista. En esos gérmenes primitivos se hallaba como contenida la declaracion de los derechos del hombre. Y sin embargo, el jesuitismo ha deducido [parece imposible completamente] la Infalibilidad y el Syllabus.

Pues no puede continuar tal estado. No puede haber entre la educacion eclesiástica y la educacion laica, las contradicciones que hasta en los pueblos mas católicos existen hoy; no puede haber ese antagonismo entre la parroquia y la escuela; entre la Universidad y el Seminario, entre la Iglesia y el Estado. No pueden ir las ideas por un lado y las plegarias por otro. No pueden mutuamente negarse los dogmas y las ciencias. Las naciones llegan á la plenitud de su soberanía y el clero persiste aun, ciego y apasionado, en la defensa de una tutela teocrática imposible de todo punto hasta en las monarquías absolutas. De aquí la situacion falsa en que nos hallamos, con Estados que se fundan en la revolucion para llevar luego en su seno iglesias anti-revolucionarias y con obispos enemigos del Estado y al mismo tiempo sus funcionarios y sus pensionistas. Los concordatos no han podido resolver problema ninguno. O el poder civil se ha sobrepuesto en ellos al poder religioso ó el poder religioso al poder civil, oscilando entre la teocracia y la autocracia. Así, el cuerpo episcopal ha desaparecido, no quedando en el mundo mas obispo que el Papa. Y este obispo, despojado, en parte, de sus antiguas prerogativas, pide y reclama con verdaderas instancias unas veces, con amenazas otras el antiguo patrimonio de San Pedro, tierra feudal elevada y erigida en los peores tiempos del feudalismo. Pero ya no tiene aquellos ejércitos permanentes de otras edades; ya no tiene, no, el poder de aquel monacato verdaderamente consagrado á la defensa de su autoridad absoluta. Los benedictinos ahora, no llevan como antes los residuos de la ciencia en sus manos. Los templarios no recorren la tierra, caballeros andantes de la Iglesia, en pro del Pontificado. Los franciscanos ya no resultan los promovedores de toda democracia. El fuego de la Inquisicion se apagó al pié de los dominicos. El poder de los jesuitas es grandísimo en la Iglesia, pero es nulo en la sociedad. Antes, los racionalistas como Agustin se pasaban al clero; ahora los clérigos como Lamennais se pasan al racionalismo. Cada vez mas las sociedades humanas se apartan del absolutismo eclesiástico y se van á las democracias progresivas. El mundo que oye la voz resonante de las tribunas, ya no escucha la voz de los púlpitos. Por do quier la sociedad, hasta en los pueblos mas católicos, acoge para su organizacion externa los principios mas protestantes. Mientras la Iglesia tiende á las instituciones teocráticas, la sociedad

tiende á las instituciones republicanas. Mientras la Iglesia reconoce la legitimidad de los Reyes, las naciones no reconocen otra legitimidad que la de su propia soberanía. Predicase allí la sumision, la obediencia, el silencio, la servidumbre intelectual y moral, mientras aquí se predica el libre exámen, el derecho de la persona humana, la libertad amplísima, todas las consecuencias revolucionarias encerradas en la Revolucion religiosa. Este antagonismo entre la Iglesia católica y el mundo moderno de ninguna suerte puede continuar. O la sociedad se quedaria sin religion, lo cual es puramente imposible; ó la Iglesia se quedaria sin la sociedad que le presta hoy un acatamiento aparatoso y externo. Ya no hay Estados católicos en el sentido antiguo, porque todos, hasta Portugal y España, las dos naciones ortodoxas por excelencia, ó han puesto la libertad de cultos al frente de sus constituciones ó han amasado con levadura de tolerancia sus costumbres. La Iglesia universal ha tomado un carácter intolerante que contrasta con la libertad en Europa y América. Por consecuencia al jesuitismo le sucede lo mismo que le sucede al judaismo, lo que le sucede al helenismo, es una religion estrecha y no responde á la conciencia universal. Para ser una y santa, necesita en verdad toda Iglesia responder á las dos unidades que sirven como de polos al Universo, á la unidad que todo lo contiene, á la unidad de Dios; y á la unidad que refleja todo lo divino á pesar de sus limitaciones y de sus contingencias, á la unidad del humano linaje.

V

Si no responde á las necesidades varias del espíritu moderno la religion ultramontana y jesuítica ¿responderá por ventura la religion protestante tradicional en sus dos primeras y mayores Iglesias, ó sea, en la Iglesia de Alemania y en la Iglesia de Inglaterra? Para considerar las grandes instituciones sociales en la historia, precisa mirar, no á la sustantividad esencial y primera, sino al momento de su aparicion y al desarrollo de su vida. Mirada en absoluto la que podríamos llamar luterana religion oficial, habia de parecernos, por el dogma de la gracia, sobre todo, una religion fatalista, y como fatalista, incompatible con el sentido universal de la libertad y del derecho. Pero, ya lo hemos dicho, no pueden considerarse así las grandes

instituciones históricas, desarrolladas en tiempos lejanos de nosotros, y que tanto han contribuido al progreso y educacion de la humanidad. Así como el dogma de Nicea resulta de suyo á los ojos de los mismos racionalistas indispensable para la humanidad, cuando las viejas sociedades clásicas mueren y los bárbaros exigen una disciplina severa impuesta por un dogma sobrenatural y divino, el Protestantismo resulta indispensable tambien al terminarse la Edad Media, y abrirse con toda expansion el espíritu moderno; cuando el Renacimiento, si habia colmado las necesidades intelectuales y artísticas de la humanidad, no habia por su mal atendido á las necesidades morales, y el Pontificado estaba por completo adscrito al poder temporal y al imperio mundano, con detrimento y mengua de toda idealidad religiosa. Grande servicio prestado á la humanidad la renovacion del sentimiento evangélico y la victoria del exámen libre; consagrando así la íntima individualidad personal de nuestra conciencia, tristemente disuelta hasta entonces en los insondables senos de la Iglesia, que pedia la sumision absoluta, y por lo mismo, el suicidio del alma, reducida de suyo á una mera inteligencia, cuando le falta la primera entre sus facultades esenciales, cuando le falta su natural y propia libertad. Entregar los libros santos á la lectura de los pueblos; rehacer la unidad interior del espíritu por medio del exámen libre individual; llamar al sacerdocio el oráculo divino de la conciencia humana; devolver al pensamiento su jurisdiccion y soberanía sobre todas las facultades; menguar en lo posible las interposiciones artificiosas entre la humanidad y su Dios: obra gigantesca de progreso, cuando se la ve, despues de tres siglos, en sus consecuencias mas inmediatas, difundiendo los derechos naturales del hombre y quebrantando los históricos eslabones de la servidumbre forjados por el error y la supersticion de tantos largos siglos. Históricamente considerado, el Protestantismo ha rendido servicios innumerables al progreso, por manumisor de la conciencia humana, con cuya manumision emancipó á la humanidad toda é inscribió en su mente la divina idea de su derecho.

Pero el Protestantismo ¿puede ser considerado como la religion absoluta? No, mil veces no. En primer lugar, le ha sucedido lo que sucede á todas las instituciones humanas: teniendo necesidad de combatir á la fe, que debia reemplazar, ha tratado con tanta violencia é injusticia en sus comienzos al